

El jaspe

Colaboración de *Fabián DOBLES*

A Nicolás Guillén, en Cuba.

A Paul Robeson, en E.E.U.U.

A Cecil Williams, en Africa del Sur

Negro rebelde aquél, el negro Sammy. Un buen día dijo hasta aquí, y no trabajó más para la compañía frutera.

—Idiay, ¿qué se están creyendo?, ¿qué Sammy Scott no puede mandarse solo? Lo he pensado dos veces y no voy a pensarlo tres. Miren, hagan cálculos: tengo cincuenta años bien negros, y aquí, abriendo zanjos y volteando montaña, no he hecho más que vida de perros, para al final quedarme viudo y solitario.

Apenas quince días antes se le había muerto de anemia la que había sido su mentada Rebeca. Más atrás habían quedado tiosos y enterrados en los panteoncillos de La Línea no sé cuántos negritos y negritas que en su matrimonio habían tenido su Rebeca y él.

—Hombre torcido— decían sus compañeros, los zanjeros de pala y pico.

—Hombre salado— pensaban los trabajadores de las hachas, cuando Sammy iba a sudársela con ellos en las volteas con que la bananera arrasaba la montaña para sembrar más y más bananales.

Pero él seguramente que no pensaba así, porque lo que siguió diciendo fue:

—Ya estoy aburrido de hartar yuca y ñame, sólo ñame y yuca de por vida.

Para mí que se lo había venido mastiando quién sabe desde cuánto tiempo antes y no lo había hecho por no abandonar a Rebeca, siempre con la salud tan hecha astillas.

—Acá mucho banano y mucha muerte—. Arrugó su rostro de betún—. ¡Sun of a gun! Lástima mis fuerzas.

Y con el hacha al hombro y el machete al cinto, se fue para el monte.

Burton Clinton, mister Timber como le decíamos nosotros, también una vez escupió su "to Hell with it" a los bananos y se metió con un aserradero en la montaña. Hasta entonces este tal "macho" Clinton había sido un muy buen mandador de la frutera; tan bueno y eficiente, que cuantos trabajaban a sus órdenes no podía menos que sentir simpatía por el hombre. No por el mandador, se entiende; pero él se había portado siempre más como hombre recto y amable que como capataz al estilo bananero. Hasta había aprendido a hablar casi perfectamente el idioma criollo.

Cierta noche, de vaso a vaso en una mesa, me había dicho:

—Sabe, mi bisabuelo vino a Centroamérica con William Walker. Murió en Rivas de Nicaragua. Pero no era un mal bicho, lo juro. Se había enganchado en la aventura lleno de ilusiones, mal informado, naturalmente.

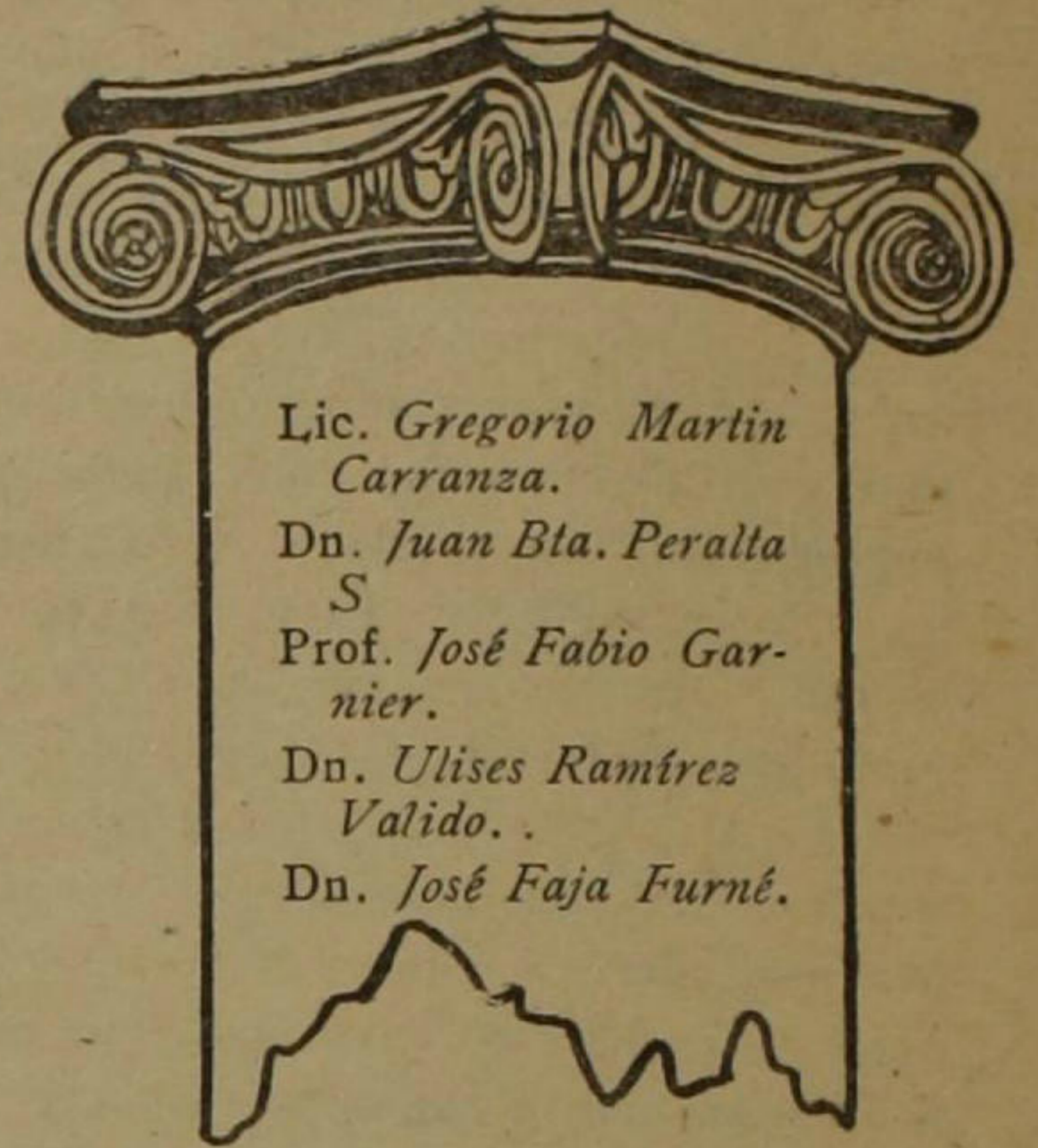
—Hum, Clinton; ésa no me la trago.

—¿Qué no? Mire; mi madre guarda una carta de Milton Clinton, escrita en San Jorge de Nicaragua en abril de 1856, poco antes de su muerte. Si la carta es la verdad —y por qué no ha de serlo— mi bisabuelo estaba entonces entre la espada y la pared. Se había convencido de que la empresa era infame, y creía estúpido matar centroamericanos. Había comprendido un poco tarde. Murió en Rivas, y no del cólera; fusilado por orden del propio Walker, si las noticias que conserva mi familia son auténticas. Hombre —agregó atusándose el mechón de una de sus cejas—, no todos somos negreros.

Yo no supe qué contestar. ¿Creerle a mister Timber; no creerle? El, personalmente, me parecía un hombre simpático y llano. Pero, miren que ya tanto como que su antecesor hubiese venido a estas tierras a portarse tan dignamente, se me ponía cuesta arriba, aunque Clinton lo contara con mucha seguridad y hasta con genuino orgullo. Sin embargo, se lo creí cuando, tiempo después, mister Timber, rompiendo con la Compañía, le dijo aquel sonoro "go to Hell" y se metió en la montaña con su aserradero.

.....

El encuentro no se hizo esperar. Mister Timber ovó decir que en los terrenos donde había comprado a algunos costarricenses las concesiones madereras, vivía un negro solitario trepado en un enorme árbol de zurá, brujo, loco, o algo así; y se largó a verlo. Agarrándose de los mecates y bejucos que Sammy tenía atados a lo largo del tronco desde las gambas de abajo a la copa, y poniendo los pies contra los bocados que, sacados a machete, hacían las veces de gradas de escalera, se fue izando hasta el refugio que el negro se había construido en las horquetas desde donde las ramas se bifurcaban. Asomó la cabeza a nivel del piso,



Lic. Gregorio Martin Carranza.

Dn. Juan Bla. Peralta S

Prof. José Fabio Garnier.

Dn. Ulises Ramírez Valido.

Dn. José Faja Furné.

Esta es la columna miliaria del REPERTORIO AMERICANO.

En ella inscribimos los nombres de los suscritores y amigos que por años, hasta el final de sus días, lo recibieron, lo estimaron y colaboraron.

Promotores de Cultura fueron!

—Hello, man— dijo, sonrientes sus ojos grises.

Sam Scott se hallaba con el torso desnudo leyendo su Biblia, sentado en el entarimadillo. Miró aquella cabeza y dijo algo sorprendido:

—Well, I'll be damned! ¿Qué se le ofrece?

—Bueno... Digamos que hacerle una visita, si es que cabemos en esta jaula dos monos juntos.

El negro le ayudó a terminar de subir. Mister Timber se sentó también bajo el techo de palmas.

—Hombre, cabíamos, ya ve. ¿Qué diablos es esta idea? — exclamó riendo.

—¿Qué idea?— respondió Sammy.

—Esta, del árbol, y a sesenta metros del suelo—; y le ofreció un cigarrillo, mientras miraba hacia abajo gruñendo—: ¡demonios!

Sammy aceptó el cigarrillo:

—¿Alto, verdad que sí?—, y agregó mientras el otro se lo encendía—: Ahora soy un hombre libre.

—Ya lo creo. Leer la Biblia y comer palmitos. ¿No es así?

—Palmitos, pava y algún tepezcuintle de cuando en vez... Y recordar a mis muertos... No, hombre de Dios, no es sólo eso. Mis abuelos vinieron del Africa en buques negreros. Éramos gentes de la selva.

—Ah, ya veo. Usted es ahora este zurá tan alto.

—Digamos, digamos que sí. De cualquier modo, me encanta estar encaramado aquí, sí que me encanta—, Sammy rió con risa llena y larga.